

Combatían también los dos escritores que fundaban la Enciclopedia; combatía el magistrado íntegro cuya clarísima palabra enseñaba á Francia las instituciones de Inglaterra como para mostrarle el único medio de descargar un tanto de su tempestuosa electricidad el espíritu relampagueante por los lejanos bordes de aquellos turbios horizontes. Combatía también el eclesiástico pasado á los filósofos, que presentaba á los ojos de Europa el cuadro de la libertad americana. Combatía el naturalista que, elevando un monumento al mundo inferior, despertaba y arraigaba el sentimiento de la Naturaleza. Combatía el matemático y astrónomo que, agrandando al Universo con su mecánica, agrandaba la idea de Dios en las conciencias y el sentimiento de libertad en los corazones. Combatía hasta el autor cómico, que bien lejos del mérito de sus ilustres predecesores, presentaba la nación cautiva bajo la tutela de su monarca, apoyado por el clero y los nobles, los burgueses y los plebeyos, decididos á redimir-la y á salvarla, criticando acerbamente la censura, anunciando la libertad republicana de América, y no obstante eso, tan querido de los mismos á quienes combatía y amenazaba, que sus comedias se ponían en la diminuta corte de Trianón, separada de la antigua etiqueta y de la compasada majestad de Versalles.

Pero entre todos, el gran combatiente fué un hijo de cierto relojero de Ginebra, estudiante desapicado y calavera, lacayo infiel, discípulo vagabundo que había abandonado los colegios católicos y los colegios protestantes, amador olvidadizo, músico mediano, temperamento nervioso, ánimo incierto, espíritu apocadísimo, imaginación soñadora, corazón sensible pero inconstante, naturaleza sujeta á tales cambios, que parecía tener una epilepsia en la conciencia y en el pensamiento, ingrato con sus protectores, receloso de sus amigos, trémulo siempre ante la calumnia y de la calumnia víctima hasta calumniarse á sí mismo ante la posteridad; tan raro que se vestía de armenio y se refugiaba en las islas de los lagos suizos y huía del mundo sin razón para volver á presentarse sin motivo, y tan desconocedor de sí, que hasta mediada la vida no dió con su completa vocación, con aquellas facultades maravillosas de escritor elocuente, destinadas á destruir el viejo mundo y á llenar los corazones con el sentimiento exaltado de la nueva vida.

Nunca se conoció como entonces cuán débiles suelen ser los instrumentos de que la Providencia se vale para realizar sus altos fines, en cuyo conjunto jamás se encuentra el mal, obra triste de la condicionalidad humana y del límite estrecho en que estamos encerrados. Aquel hombre escribió contra los espectáculos como pudiera escribir un padre de la Iglesia ó un calvinista intransigente de la austera Ginebra; aquel hombre alabó el estado salvaje y formuló una igualdad incompatible de todo punto con las realidades vivientes de la sociedad y de nuestra naturaleza; aquel hombre opuso al despotismo de los reyes una especie de despotismo de los pueblos con su dogma de la absoluta soberanía popular; aquel hombre que ideó la utopía del Contrato Social, con todo esto ha sido uno de los hombres más elocuentes que desde Platón á nuestros días ha conocido la historia y ha llevado el sentimiento de la revolución y del progreso al tierno corazón que parece vivir

y alimentarse del jugo de lo pasado, al corazón de la mujer, en cuya fe y en cuya sensibilidad se refugian los penates de todos los pueblos y se doran y se poetizan las ruinas de todos los tiempos. ¡Qué transformación! Las mujeres, apartadas por una falsa educación de la cuna de sus hijos, tornaron á ellas y dieron el pecho material y la nutritiva leche á sus pequeñuelos. Y al mismo tiempo que los lactaban, exaltadas por la universal transfiguración á que las había llevado en sus alas de fuego el etéreo verbo del filósofo, les infundían el desprecio á la muerte, el sentimiento de la inmortalidad, la aspiración al progreso, el amor á la naturaleza, la idea de la igualdad y el deseo incontrastable de merecer una ciudadanía honrosa y digna en la República que se asomaba entre los celajes del porvenir.

¡Qué gran siglo! La historia se transforma, revelando que los hechos sociales obedecen á las ideas como los fenómenos naturales á las leyes cósmicas. El espacio se dilata y lo infinito penetra más en nosotros como nosotros en lo infinito. La mecánica celeste se revela cada día más matemáticamente, y el origen de nuestro globo se adivina por las intuiciones del genio. El hombre se figura que le van á brotar alas, que va á desmentir la fábula de Icaro, que va á volar como las aves, cuando contempla al montgolfiero levantándose á los cielos y perdiéndose en los cerúleos abismos. Las nubes se sintieron perturbadas en su incierta carrera por la mano audaz del hombre que buscó en sus vaporesos senos el rayo centelleante para señalarle un camino en la tierra y hundirlo y abismarlo á sus plantas. La corriente eléctrica agitaba y movía hasta los miembros muertos, como si trajese consigo la esperanza de una resurrección. El magnetismo, el influjo poderoso de su incontestable atracción centuplicaba la vida y hacía creer que iban á transparentarse los cuerpos, á verse y entenderse las almas, á sonar entre los chispas de la cadena eléctrica los nervios como un arpa eólica, que movida de misteriosísimo soplo creador produjera dulces melodías. El agua, el aire, los antiguos elementos de Aristóteles se descomponían y daban de sí esencias misteriosas, simples maravillosos que auxiliaban á la universal combustión de la vida. La razón humana se emancipaba por completo de la tutela teológica. El derecho penal comenzaba á sentir la regeneración que puede haber en el castigo y la necesidad de abolir los útiles horribles manchados de sangre que han servido para el tormento. La llama de la inquisición clerical que reducía á ceniza las ideas se extingue y con ella los reflejos en el mundo moderno del infierno de la Edad Media que había proscripto la esperanza. El sentimiento del progreso se anima é infunde la idea de que ningún esfuerzo quedará sin resultado, ningún trabajo sin premio, ningún pensamiento justo sin realización en la vida. Al derecho señorial, que había erigido el castillo para los señores y la horca para los pecheros; al derecho divino, que había convertido los reyes en dioses, y las naciones en predio, y los ciudadanos en propiedad de los reyes, sucede el derecho natural que cada hombre trae consigo al nacer y que reconoce á su individualidad el espacio, la luz, el aire correspondiente á su vida en el mundo social. Grande y glorioso siglo. Hoy que en el seno de un hogar seguro, con la altísima dignidad de ciudadanos, con el de-

recho fundamental reconocido, con la prensa en las manos, con la tribuna á los pies, nos levantamos mucho más alto que los antiguos reyes, solemos olvidar nosotros, inertes piedras del terruño, que nos has dado la vida con tus violentas revoluciones, y que nos has redimido con tus santas y consoladoras ideas.

V

La idea progresiva unida á la acción revolucionaria es el carácter de este siglo XVIII, uno de los días principales del Génesis social. A decir verdad, esta nueva idea encontraba un mundo preparado para recibirla y absorberla. Se necesita consultar los autores é informes del tiempo, las estadísticas, las luminosas enseñanzas guardadas en los estudios y proyectos de Turgot, los viajes de Young, los libros de economía política de Quesnay, obras todas ajenas á las pasiones revolucionarias para persuadirse de cuán lógico é indispensable era un cambio radical en aquella sociedad. Hay dos autores modernos, alemán el uno, francés el otro, que han escrito dos obras con preocupaciones y propósitos de todo en todo contrarios á la revolución: el alemán Sybel y su obra la «Historia de Europa durante la Revolución;» el francés Taine y su obra los «Orígenes de la Francia contemporánea.» El primero entra en este período con la hostilidad nacida de su sangre y de su política; el segundo con tal indiferencia, que se parece en lo implacable y en lo frío á la Fatalidad. Ambos han instruido en el proceso de la revolución como verdaderos jueces y han fallado después de largos y concienzudos informes. Y yo digo que, una vez leídos los dos, no hay quien dude por un momento de la necesidad inevitable de esta revolución francesa tan denostada, y de su virtud y su eficacia en el humano progreso, movimiento indispensable á las sociedades humanas, pues las renueva sin destruir las y las robustece, aunque á primera vista las debilita y las quebranta.

Dejemos á un lado la monarquía cuya descomposición vimos antes y cuya responsabilidad en las causas ocasionales de la catástrofe veremos después. Vamos á la aristocracia. El rey la había hecho palaciega, y al hacerla palaciega, la había hecho también con sus superiores servil y con sus inferiores opresora é insolente. Su oficio de palaciega le obligaba á doblar la espina dorsal ante los reyes y á pedir igual acatamiento y obediencia á los campesinos. Sierva en las alturas sociales, desquitábase de su humillación extendiendo y enconando en torno suyo la triste servidumbre. Así, no iba á sus tierras sino para exprimirles el jugo; no veía á sus labriegos sino para sacarles hasta la última gota de sudor y cuajarlos todo en diamantes, cristalizaciones de carbono para la química y para la historia cristalizaciones de lágrimas. El conde de Saint-Simón cuenta que, deseando Luis XIV celebrar con un baile magnífico la inauguración de la soberbia y aparatosa galería de cristales que da en Versalles sobre el estanque de los suizos, mandó á todos los nobles de uno y otro sexo acudir en trajes de terciopelo negro cuajados de brillantes, á fin de que reverberasen más y luciesen sobre el obscuro fondo los cambiantes y las chispas de la intensa luz despedida por innumerables luminarias. Hubo noble que llevó encima de sí el precio de una provincia.

Y á pesar de encontrarse las primeras familias de Francia en tal fiesta, le cortaron á la duquesa de Borgoña todo un paño del vestido y le robaron los más gruesos y los más ricos brillantes. Calcúlese cómo se explotaría y se martirizaría á la tierra para pagar estas riquezas. Cuando tras los bailes ruinosos, las orgías desenfrenadas, las fiestas báquicas, volvían á sus campos, á los benditos y olvidados productores de su fortuna y de sus placeres, entraban tristemente en ellos como en tierra de conquista, enfermos de cuerpo y alma, exhaustos de sangre y de sentimiento, acreedores implacables, exactores terribles, déspotas sañudos, á pedir al terruño nuevo alimento á sus placeres y cebo nuevo á sus infames locuras. Recibían la mitad del producto de sus tierras, y exentos casi de contribución ó contribuyendo muy poco, echaban la carga de los tributos irresistibles sobre sus medieros. Así Young sacaba esta proporción terrible en su viaje: «La renta de un acre de tierra en Francia es respecto á la renta de un acre de tierra en la Gran Bretaña lo que el número nueve es respecto al número catorce; y el provecho sacado por el propietario británico de dos y tres cuartos, mientras de tres y tres cuartos por ciento el provecho sacado por el propietario francés;» enorme desequilibrio en daño de los pobres campesinos de Francia, obligados además á pagar pecho al rey, diezmo al cura, corvea al señor y contribución á los caminos reales. Después de todo esto, nada le quedaba para alimentar á su familia más que la seguridad de volver á un trabajo enteramente estéril. Y miraba por tanto al señor como su enemigo, y el señor lo miraba á él como su bestia de carga. El siervo no existía sino en contadas regiones, pero la condición del trabajo conservaba la servidumbre. Al amo se le ocurría obligar más al trabajo á su mediero, y al mediero se le ocurría maldecir á su señor. El uno quería arrancar al suelo con los brazos del pobre adscripto á él todo cuanto podía dar, y el otro miraba al castillo señorial con rabia y acariciaba venganzas secretas para el día en que pudiera desencadenar su ira y reducirlo todo á cenizas. Había excepciones como el bajo Poitou, donde los nobles vivían en paz con los campesinos; había provincias florecientes como Flandes y Normandía; pero en el resto, la mezcla de los arrendamientos con las cargas feudales, de los medieros con los jornaleros y los propietarios de escasos medios daba al trabajo y á la propiedad condiciones tales que verdaderamente parecían una Babel de dolores los campos en Francia. Pues no era mejor la situación de las ciudades. Los cargos municipales se vendían por el monarca y se conservaban hereditariamente en la familia que daba por ellos más dinero, y que de consiguiente los ejercía con avaricia é incuria; la Bolsa se regía por la aristocracia de la cuna, aumentada con hechuras de los reales caprichos, y era teatro de atrevidas é inmorales manipulaciones; el comercio se monopolizaba por aquellos á quienes designaban las reales ordenanzas; las industrias, las artes no podían cultivarse sino por maestros que llevaban su real nombramiento como meros burócratas y empleados del gobierno; los oficios mismos no podían ejercerse, oficios tan humildes como el de buhoneros, mercaderes, carpinteros, sino con previa autorización y abrumadoras cargas, de suerte que el derecho de trabajar solamente provenía del rey, el cual á su arbitrio lo re-

conocía y lo conservaba en una especie de casta para que en la pobreza misma se encontrara la jerarquía y se sintiera la presencia del Dios panteísta que lo henchía y lo regulaba todo.

Os arruinabais en los trabajos del campo; pues no podíais acudir á los trabajos de la industria sin previa autorización y nombramiento. Entrabais en la industria; pues no podíais ejercer dos oficios ni entregaros siquiera á vuestra vocación especial, sino al cargo y al trabajo de antemano designado. Adelantabais en el cargo mismo para que obteníais autorización; pues no llegabais á maestro por vuestros propios méritos, sino por nombramientos ajenos. Inventabais una nueva industria; pues no podíais ejercerla. Dilatabais vuestra actividad, pues no podíais espaciarla. Por todas partes el gremio, el real nombramiento, la previa autorización, el «*jusjurandum*» oponían barreras infranqueables á la actividad. En tejer lana que todo el mundo necesitaba, el traje de la universalidad de las gentes, había empleados sesenta mil trabajadores, y en urdir blondas y encajes que sólo necesitaban los gentileshombres para sus vuelillos y chorreras, las grandes damas para sus velos, faralares y volantes, diez y siete mil trabajadores. Los reglamentos prohibicionistas eran tantos en número y tan pesados que ahogaban toda empresa y destruían toda actividad. La industria de Francia entera producía la mitad menos de lo que hoy producen las provincias del Este. Un manufacturero ganaba veinte suses, una obrera quince, y el trabajador agrícola ganaba, como la mujer manufacturera, quince sueldos por día, costando el pan lo mismo ó más que ahora. Los días de trabajo eran menos, á causa de la multitud de fiestas que imponía la Iglesia. La exportación, por consecuencia, era cuatro ó cinco veces menor que al presente; la industria apenas producía la cuarta parte que produce ahora; el déficit resultaba enormísimo y abría su inmensa boca al pie de todas las rentas, en tales términos que era universal y terrible la miseria. Los veinte millones anuales que costaban los caminos y los seis millones anuales que costaban las milicias de provincia se extraían exclusivamente de las corveas pagadas por los campesinos. Todos estos males se apoyaban en la torpeza y la inmoralidad de una administración que ejercía verdaderas rapiñas y de unos arrendatarios que para mandar al Tesoro ciertas sumas quedábanse con la mitad entre sus garras. Recibía cuarenta millones de francos la casa real y un millón de francos la instrucción pública. Las pensiones cortesanas costaban veintisiete millones y las casas de beneficencia, que hoy reciben del presupuesto de la República más de ciento veinte millones de francos, recibían entonces de la Iglesia, del Estado, de la Monarquía, de sus rentas, unos diez y nueve millones. En fin, nunca acabaríamos si hubiéramos de describir el desorden universal y la honda miseria á que había condenado la antigua monarquía al pueblo hoy más próspero quizá de Europa. Las habitaciones de los trabajadores eran cabañas semejantes á las madrigueras de los brutos. Vestíanse los jornaleros en casi todas las regiones de suerte que parecían salvajes. La comida estaba reducida á hierbas con un poco de tocino á lo sumo y escasísima ración de pan, pero tan negro, duro y malo, que diríase materialmente amasado con tierra. De esta suerte se expli-

can las pasiones que tronaban tempestuosamente en el pecho de las muchedumbres; los relámpagos de ira que centelleaban por todos los horizontes, y los hondísimos terremotos que hacían estremecerse á aquella tierra, verdadero infierno, en cuya cima gozaban desenfrenadamente algunos privilegiados, provocando por doquier con sus vicios y con sus ligerezas la venganza y la envidia.

Todos estos males se hubieran podido corregir paulatinamente de haber tenido Francia las instituciones de Inglaterra, de Holanda, de Suiza, algún respiro á la opinión por mezquino que hubiera sido, alguna representación de la voluntad y del pensamiento nacional. Aquellos que, desde las cimas de la tribuna inglesa, en el fuerte de sus seculares derechos, teniendo en torno suyo un Parlamento, maldicen, como el orador Burke, á los pueblos latinos por sus revoluciones violentas, no han meditado con madurez, siendo tan monárquicos, la triste suerte á que nos condenaron á nosotros las seculares monarquías. Cuando el poder real no se había encerrado en las islas británicas dentro de sus actuales límites; cuando altanero é invasor desconocía los derechos del Parlamento y violaba la libertad religiosa; cuando oponía sus caprichos personales á los privilegios y prerrogativas de las diversas clases del reino, bien estallaron revoluciones sangrientas en cuyas ráfagas cayeron, no solamente las coronas, sino también las cabezas de los reyes. Nosotros no habíamos tenido, con especialidad los españoles y los franceses, un Parlamento, pues no merecen tal nombre las Cortes desde Carlos V ni los Estados desde que fundan el poder real Richelieu y Luis XIV. Entre nosotros, poco á poco desaparece toda vida pública. Aquellas admirables asambleas que tasaban los gastos de la casa real, que pedían la disminución del clero y los conventos, que se quejaban del cáncer abierto con las manos muertas en el territorio nacional, hablaban fuertemente para ser oídas, y el silencio más profundo se oponía á su palabra y el desprecio mayor á sus peticiones. Y no quedaba otro remedio á tantas ideas y á tantas pasiones comprimidas que estallar y producir la ardiente erupción de los volcanes revolucionarios. El monarca se creía la sociedad entera; él únicamente representaba la nación: su palabra tenía fuerza de ley; en su presencia sólo existían individuos esparcidos ó átomos disgregados; todo poder, toda autoridad, toda fuerza, toda vida, dimanaban de aquel sol de justicia, de aquel dios viviente, de aquella luz comunicable, de aquel señor de los señores, puesto por los caprichos del nacimiento y por las voluntariedades de la fortuna en las cimas de un trono, á las cuales llegaban continuamente coros de alabanzas, ecos de bendiciones, nubes de incienso, aunque por todas partes se sintiese el ruido de las cadenas confundiendo con el grito estridente y el clamor de muerte que lanzan los esclavos, en cuyas ergástulas se acariciaba, que tales crímenes engendran las tinieblas, el puñal del asesinato y la tea del incendio, los excesos y los delirios propios de todas las catástrofes.

Durante el siglo xvii y durante el siglo xviii, siempre que en Francia se trató de convocar los Estados Generales, opusieron protestas cortesanas, considerándolos como el mayor de los peligros para el monarca y el mayor de los males para la monarquía. En

tiempo de la Fronda, cuantos pensaban traer los Estados Generales para acallar las guerras civiles, despertaban de su temerario ensueño allá en los calabozos de la Bastilla. El día que Francia se vió arruinada por los delirios del absolutismo y ánimos esforzados pidieron que se consultara el remedio á la nación, escribió el cardenal Dubois, ministro de Luis XV, estas palabras: «Desacato grande pedir al monarca que se sujete á sus vasallos; proyecto dañosísimo hacer de los franceses como un pueblo inglés.» Así no tiene nada de extraño que la monarquía, ese árbol gigantesco rodeado de un desierto tan desolado y tan grande, trajera á su cima y á su copa el rayo de la revolución.

Es verdad que el feudalismo antiguo había cesado, incorporándose á la monarquía sus privilegios; es verdad que los antiguos siervos habían desaparecido y convirtiéndose en jornaleros; es verdad que la propiedad ya estaba muy repartida y fraccionada entre innumerables manos; pero también es verdad, como observa profundamente Tocqueville, que ese feudalismo, pasado ya como institución política y subsistente como institución civil, exigía al pobre corvea para abrir los caminos y peaje cuando trataba de pisarlos; pago de entrada y de asistencia á los mercados y á las ferias; tributos al traspaso de las tierras y al acto de las ventas; censos, foros, ofrendas forzosas en dinero ó en especies; obligación de moler en el molino señorial; defensa, como se decía hasta en nuestros antiguos cronicones y fueros, es decir, prohibición de cazar, de pescar, de tener palomares; y, por último, entrega del diezmo de todas esas cosechas mermadas, repartidas, devoradas entre tantas aristocracias ociosas y regalonas; entrega de ese diezmo á la Iglesia como un feudalismo de la conciencia y del alma. Si hubiera existido una tribuna, el pueblo se quejara y viniera la reforma. No tolerándose la queja y no pudiendo venir la reforma, debía por fuerza, por una ley mecánica ineludible, sobrevenir la revolución; obra, no de los infelices abrumados bajo un yugo insostenible, sino de los poderosos que se lo habían impuesto. Así, los castillos abandonados, la corte llena, los campos despoblándose, las poblaciones hinchándose, los exactores sobre las tierras con voracidad de langosta, las autoridades populares y las magistraturas judiciales vendidas, los oficios concedidos como privilegios, los gremios limitando la actividad individual, la tiranía cayendo sobre las almas, el convento sin ninguna de sus antiguas ventajas y con todo el carácter feudal, la inquietud y el malestar por doquier, y como consecuencia necesaria de semejante estado, la revolución.

No se sabía cómo la idea emancipadora llegaba á todas partes; pero se sabía que llegaba. El simoun del desierto lleva en sus alas de fuego el polen fecundante al cogollo de las palmeras escondidas y solitarias. El magnetismo que atraviesa nuestros nervios y que conmueve nuestra naturaleza no tiene origen conocido y vaga como una corriente misteriosa por la inmensidad del espacio. Nadie adivina de dónde se ha evaporado á los cielos y á los aires la pródiga nube que fecunda los campos. De la misma suerte aparece misterioso el movimiento y misteriosa la circulación de las ideas. No sabemos por qué, no sabemos cómo, no sabemos cuándo; pero lo cierto es que el pensamiento lanzado en la página del libro, en la arenga del tribuno, en la estan-

cia del poeta, llega, como las corrientes del aire, como las ondas de la luz, como las chispas de la electricidad, hasta la conciencia del esclavo, cuyas cadenas rompe y á cuya emancipación se consagra. Lo cierto es que las ideas revolucionarias, elaboradas por algunas inteligencias superiores, descienden de aquellas cimas altísimas hasta el hondo y negro abismo de la ignorancia y de la miseria, donde toda luz, años antes, se apagaba y se extinguía. Lo cierto es que por todas partes corre como una savia nueva la idea revolucionaria. El Parlamento del Franco-Condado, una de aquellas asambleas provinciales subsistentes junto al absolutismo como vana ornamentación, se despierta de su largo sueño feudal y pide la convocación de los Estados Generales, «para reformar los tributos y preparar así todas las reformas.» El clero mismo dice al rey en una de aquellas reuniones, por un lado concilios religiosos, por otro lado asambleas políticas: «El más bello de vuestros dominios, señor, es el corazón de vuestros súbditos.» Los ciudadanos de obscuras aldeas de Alsacia gritan: «No hemos tenido nunca libertad de pintar nuestros dolores tales como son.» Los siervos de los benedictinos de Flavigny, en Lorena, se levantan contra sus opresores, y como si el soplo que reanimó á Lázaro los reanimara á ellos, desafían las iras monásticas y protestan contra su insufrible tiranía. El pueblo de Rennes grita: «No hay libertad, prosperidad, bienandanza allí donde las tierras son siervas.» Los campesinos de Carsi y de Rouet: «Todo feudalismo debe ser abolido, y los nombres de vasallo y señor, entre los súbditos del rey, borrados para siempre de las actas judiciales.» «Que todos los franceses sean nobles,» gritan en Provenza. «No somos siervos: desde hoy cada francés debe ser contado como un hombre,» añaden otros. «El fin del siglo, claman los habitantes de Meinzac, será la fecha más importante de la revolución más bienaventurada.» El clero de Moret: «Todos los franceses son hermanos, y hermanas todas las provincias de Francia.» Los suburbios de París: «Una gloriosa revolución se prepara. La más poderosa nación de Europa va á darse un código político, es decir, una existencia incontestable en la cual los abusos de la autoridad sean imposibles.» Los habitantes de Poitou: «Del desorden de nuestras rentas, y del vicio de nuestras leyes, y de tantos abusos, y de tantas inveteradas costumbres, de nuestras propias disensiones domésticas, surgirá un nuevo orden de cosas bastante á consolarnos de todas nuestras desgracias.» Los burgueses de Saint-Sauveur, en Normandía: «Desde hace largo tiempo, los derechos de la nación han sido desconocidos y destrozados; los derechos del trono han formado una excrecencia monstruosa. Hoy reivindicamos todas nuestras libertades.»

En estos programas, discursos, índices, llamados por los franceses con el nombre genérico y comprensivo de «*Cahiers*,» se encuentran todas las más nobles aspiraciones de la revolución y todos los más profundos pensamientos de la democracia. Ya sabemos que sus elevados conceptos políticos y sus castigadas formas literarias revelan el alma y la mano de los grandes publicistas que los han dictado y aún escrito; pero no deja de ser maravillosa y digna de meditado estudio aproximación semejante entre las inteligencias que sentían refluir en sí todo el espíritu de aquella centuria ma-

ravillosa y las inteligencias que yacían inertes en su terruño al pie de sus viejos altares y sin otros oráculos que sus curas. Esta comunión de extremos tan separados en la sociedad enseña, ó bien cómo las ideas más abstractas se han popularizado hasta venir á ser alimento del pueblo, ó bien cómo el pueblo se ha engrandecido hasta poder llegar á las fórmulas más complejas del nuevo derecho. De cualquier modo, el trabajo de tantos siglos no se ha perdido. Desde esos genios que aislados se levantan en medio de las edades, alturas inaccesibles y por lo mismo frías en su soledad y en su aislamiento, las ideas han bajado á los hondos valles sociales y se han desatado en corrientes varias que todo lo fecundan.

Maravillosas realmente son las transformaciones de la naturaleza. Es admirable cómo la planta convierte, al nutrirse, las materias inorgánicas en orgánicas por los tubos químicos de sus raíces, y cómo descompone, al beso de la luz en sus verdes hojas, el aire para apropiarse el ácido carbónico, y cómo recoge de la trémula gota, comparada por los poetas cantores del rocío á lágrimas de la aurora, el amoníaco necesario á los filamentos y á la urdimbre de sus delicados tejidos. El trigo tiene todo un gabinete de alquimista en sus raíces, y chupando el ázoe del estiércol, cuyo hedor nos repugna, lo convierte luego y lo transforma en la albúmina, que por las leyes y por las operaciones de la nutrición se extiende por todo nuestro cuerpo, hasta que el fuego vital verdadero, el oxígeno, absorbido por la respiración, llega á convertirlo en la fibrina indispensable á la carne y á los huesos. Maravillosa operación realmente esta serie de transformaciones por cuya virtud y á cuyo influjo unas substancias se convierten como por ensalmo en otras substancias, y la vida se extiende, se dilata, se irradia con su calor benéfico, á la manera de una combustión perpetua, por todas las esferas del ser y por todos los círculos del organismo. Pues si estas transformaciones son maravillosas, no lo son menos esos metamorfoseos de las ideas, esa realización del concepto más metafísico en la institución más positiva, ese paso misterioso del producto de nuestras facultades intelectuales que parece perdido y aislado y solitario, como una obra individual, á las leyes y á los principios universales en que las sociedades humanas viven y se rigen.

El pensamiento había formado una legión. El libro había caído como un rayo de luz invisible que sólo llegara á los senos del alma en el fondo de la oscura cabaña. El mundo de las ideas extendido y universalizado, merced al trabajo de esa máquina llamada imprenta, había producido una especie de atmósfera moral semejante á la atmósfera material y en cuyo oxígeno respiraban las almas. ¡Oh fuerza de la idea! Entre tantos obstáculos superaba los altos castillos feudales con todos sus muros y todos sus bastiones y contrafuertes; las paredes de la abadía y del monasterio con sus incontrastables vallas morales; las torres de la iglesia y el prestigio de sus excomuniones; hasta las cimas casi inaccesibles de aquellos tronos que protegían con su sombra la tierra y sustentaban con sus gigantescas personificaciones de la autoridad el cielo. ¡Ah! Los escritores, apartados de los negocios, sin debates públicos donde acerar sus inteligencias, sin acceso alguno á

la administración y á la política, llenaban de fórmulas sociales sus libros; pero fórmulas aprendidas en puras investigaciones de su razón y no reformadas y no corregidas en el verdadero crisol de las ideas políticas, en la sabia experiencia. Desde los libros de religión hasta los libros de oficios é industrias; desde el tratado científico hasta la novela sentimental; desde el sermón preparado para el púlpito hasta la oda escrita para los salones, todas las formas del pensamiento tomaban entonces cierto carácter político, porque la razón humana pretendía con imperiosas pretensiones descender de lo abstruso y de lo etéreo á la tangible realidad. Y existía una creencia general, extraña á todas las enseñanzas de la historia, pero acorde con aquella filosofía práctica, la creencia de que las ideas se realizaban como se escribían, con la misma facilidad y el mismo sistema y el mismo orden. Y esta creencia, tantas veces desmentida en el mundo por las impurezas de la realidad, pasó desde los literatos al vulgo y formuló aquella revolución que parecía una revolución abstracta, y que en realidad iba á transformar con su calor al mundo, después de haber transformado con su luz la conciencia. Así, cuando se estudia aquella erupción de ideas que precede á los hechos, la tempestad universal que truena en las conciencias, la multitud de aspiraciones encontradas, las peticiones dichas y escritas en los varios documentos publicados por todas las asambleas primarias, el grito que se escapaba de la conciencia de aquel pueblo por tanto tiempo sometido al yugo, échase de ver que la revolución moderna, inspirada en ideas científicas, se acerca y se adelanta con la decisión de cambiar profundamente la antigua sociedad y sus usos y sus leyes y sus costumbres para fundar, según el clamor general de los espíritus, una sociedad nueva, puramente basada en las leyes de la razón é independiente de todas las tradiciones y de todas las enseñanzas de la historia.

VI

¿Quiénes eran los principalmente encargados de evitar aquella revolución? Dos personas: Luis XVI de Borbón y su esposa María Antonieta de Lorena, jefes absolutos de Francia.

Descendientes de cien monarcas que les transmitían su dignidad; nacidos en las gradas del trono que les prestaba su sombra; educados en los palacios tan abiertos á la superstición; puestos en alturas desde las cuales debían descubrir la nacionalidad francesa y sus ciudadanos como un predio y un ganado; con la creencia de que los privilegios reales superaban á los derechos humanos y de que sus sacratísimas personas representaban á Dios vivo en la tierra, debían chocar contra todas aquellas ideas de igualdad promulgadas por la filosofía y admitidas por la plebe hasta herirse en sus frentes, que levantaban sobre todas las frentes el brillo deslumbrador de sus coronas, y lacerarse en sus corazones penetrados del hondísimo sentimiento de su propia majestad y grandeza.

Luis XVI tenía una virtud verdadera: haberse conservado puro entre su corte y bajo la tutela de su abuelo. Confinado en su palacio de Meudón, á la vista del río, sobre colinas rientes, donde le recluía, no esa contemplación poética de la naturaleza necesaria á las

almas grandes, sino el amor á los trabajos vulgares de la industria y á los ejercicios diarios de la caza, crecía y se educaba bien al revés de un rey, de un jefe del Estado en tiempos procelosos; crecía y se educaba como un gentilhomme de provincia, dado á la vida campestre, en la cual sólo aceptaba una distracción, la cerrajería y el ardor constante de la fragua. Cierta defecto natural á su organismo le preservaba de los placeres que corrompían y, enervaban las mocedades de parientes, amigos, allegados; y con la virginidad de su cuerpo sostenía también la virginidad de su alma. Ausente la idea de su cerebro, cerrado á todas las grandes inspiraciones de la razón y de la conciencia; sin fantasía en sus facultades intelectuales, sin esa fantasía que tiene como despierta de continuo el alma; sin la sensibilidad, que infiere los grandes tormentos, pero que mueve también á las grandes acciones; sin esos nervios vibrantes por cuyo conducto los temperamentos artistas y heroicos reciben los chispazos de la electricidad esparcida en la atmósfera material y las corrientes misteriosas esparcidas en la atmósfera moral, era aquel hombre un compuesto vulgarísimo de linfa y de sangre, con mucho estómago y con poca alma; bebedor sin degenerar en borracho, comedor sin degenerar en glotón, bondadoso y cándido, buen jefe de familia; más propio para guiar el arado que el reino, para coger la lima que el cetro, para administrar una hacienda que para administrar una nación, á causa de sus virtudes domésticas, poco brillantes, pero muy sólidas, y á las cuales no se unía ninguna de esas grandes virtudes públicas capaces de atravesar las más tremendas crisis sociales en sus mayores dificultades y salvar los Estados en sus mayores zozobras y desquiciamientos. De rostro ordinario, de frente mezquina, de ojos apagados, de maneras desgraciadísimas, de aire casi plebeyo, de palabra tarda, de apostura burda, de cortos alcances, de gran debilidad, de alguna falsía; económico hasta ser mezquino, privado de la inteligencia que salvó á Enrique IV, de la educación que sostuvo á Luis XIII, de la majestad y de la grandeza que divinizó á Luis XIV, de la gracia y del ingenio que contrastaban los vicios de Luis XV, descubriase en él tan sólo de su familia en lo fisiológico aquel apetito voraz que los distinguió á todos y en lo moral aquella tristeza profunda de que fueron víctimas nuestros reyes Felipe V y Fernando VI, y que tan fácilmente suelen contraerse, como ciertas enfermedades en las alturas del planeta, allá por las alturas del trono. A un joven así, triste engendro de la decadencia monárquica, dejaba Luis XV, aquel sátiro con corona, el legado de su nombre, con la necesidad de presentarse ante la conciencia universal herida, ante la historia indignada, ante la sociedad en delirio, y responder de sus vicios y de sus desórdenes. Cuando se ve aparecer en la escena trágica de la política tan pobre joven con tan pesada carga, se siente, por impulsos compasivos y humanos, necesidad de maldecir al viejo egoísta que le transmitiera el peso abrumador de fatalidad tan tremenda. Nunca se probó más claramente que la bondad nativa, la virtud doméstica, la benevolencia inagotable, todo aquello que en el trato privado ayuda grandemente á las relaciones de la vida ordinaria, no sirve para la vida pública, cuya áspera naturaleza exige condiciones más duras y virtudes más eficaces, sobre

todo la doble virtud de la resolución y del valor. Nunca rey mejor intencionado por su naturaleza ni más infeliz por su bondad misma conoció la historia. Nunca hombre más deseoso del bien ni más en pugna, por su educación y por su alcurnia, con el mismo bien que deseaba. Las voces dadas por su conciencia quedaban perdidas y ahogadas en el tornavoz de su trono. Los impulsos de sus sentimientos se estrellaban contra las exigencias de su posición. Cuanto le mandaba lo que tenía de hombre y de ciudadano lo ahogaba lo que tenía de rey. Su educación de príncipe predestinado al privilegio pugnaba con todos sus instintos, y por una fuerza ciega de la fatalidad quedaban sus más generosos impulsos sujetos á las necesidades de la institución que creía haber recibido del cielo para conservarla en toda su integridad. Nunca hubo ni mejor hombre en su casa, ni peor hombre en el trono.

¡María Antonieta! ¡Cuán difícil juzgarla! Es una reina que pasa del palacio á la Conserjería, del trono á la guillotina; una esposa que recibe en su anillo de boda el reino más hermoso á la sazón del mundo, y luego recibe de manos del verdugo las raídas tocas de su desolada viudez; una princesa á quien ha educado en la abundancia la mujer más elevada y más fuerte de su tiempo para la majestad y á quien han maltratado y escupido las muchedumbres airadas, hundiéndola en húmedos y oscuros calabozos; una madre que adoraba á sus hijos y que los vió arrancados á su regazo y convertidos en instrumentos de su proceso y de su deshonra; una joven hermosísima que creció en el armiño y en la púrpura para tener hambre y frío, coserse y remendarse la ropa, recoger los insultos más groseros, devorar las injurias más soeces hasta ir en una carreta al cadalso y mezclar sus huesos olvidados en la tierra común, en la fosa de la miseria y de la pobreza, sin una oración y sin una lágrima; horrible tragedia, la cual exigiría para ser referida en toda su desgarradora tristeza los sollozos de Job y las lamentaciones de Jeremías, esos poetas plañideros de las majestades arruinadas y de las grandezas caídas. Yo no he ido vez alguna á la Conserjería á visitar sus góticas prisiones que no haya visto á María Antonieta en su cuna de oro puro y en su cadalso de ensangrentadas tablas; con su cuello de garza tocado ayer por los diamantes y hoy por la cuchilla; con su traje de terciopelo carmesí bordado de oro y su sayal de tosca lana remendada de andrajos; en su Trianón circuida de cortesanos que la adoran y en su cárcel rodeada de soldados que la insultan; yendo al trono entre nubes de incienso y á la muerte entre estallidos de blasfemias; adorada y querida como una diosa, muerta y enterrada ¡ay! como una bestia. Los antiguos, que tan admirablemente comprendieron el terror trágico, hacían bien sosteniendo que el despeñarse de eminentes alturas á profundos abismos, produce en cuantos contemplan tanta desgracia un escalofrío indecible de compasión y de pena. Los que hemos nacido en la pobreza y en la pobreza nos hemos criado, no experimentamos en estos cambios bruscos de la suerte estremecimientos tan rudos y golpes tan fuertes como aquellos que han nacido y se han criado en las cimas del poder y de la fortuna. Así, yo sostengo que en todas las almas compasivas produce, por superstición si queréis, pero también por necesidad ineludible, mayor compasión